

Ya se ve que todos los expresados son dones de la naturaleza. El estudio, ni los adquiere, ni los suple. Hay sujetos que piensan hacer algo, procurando imitar á aquellos en quienes ven resplandecer esos dones, ó parte de ellos; pero con el medio mismo con que intentan ser gratos, se hacen ridículos. Lo que es gracia en el original, es monada en la copia. La imitación de prendas naturales nunca pasa de un despreciable remedo. Pálpase la afectación, y toda afectación es tediosa.

Sólo pondré dos limitaciones respectivas á aquellas partes de la gracia, que consisten en la postura y movimiento de los miembros. La primera es, que pueden en alguna manera adquirirse éstas por imitación. Pero cuándo? Cuando no se piensa en adquirirlas, ni se sabe que se adquieren; quiero decir, en la infancia. Es entonces la naturaleza tan blanda, digámoslo así, tan de cera, que se configura según el molde en que la ponen. Así vemos frecuentemente parecerse en los movimientos ordinarios los hijos á los padres.

En Galicia, mi patria, hay muchos, que aun sabiendo con perfección la lengua castellana, la pronuncian algo arrastradamente, faltando en esta ó aquella letra la exactitud de articulación que les es debida. Atribuyen los más este defecto á la imperfecta organización de la lengua, procedida de el influjo de el clima. No hay tal cosa. Ese vicio viene de el mal hábito tomado en la niñez; lo que se evidencia de que los gallegos, que de muy niños son conducidos á Castilla, y se crían entre castellanos, como yo he visto algunos, pronuncian con tanta limpieza y expedición este idioma, como los naturales de Castilla. Sé, que pocos años há era celebrada por el hermoso desembarazo de la pronunciación y aire de el movimiento, una comediante nacida en una mísera aldea de Galicia, que de cuatro ó cinco años llevó un tío suyo á la corte.

La segunda limitación es, que aun en edad adulta se puede corregir la torpeza de el movimiento, ya en la lengua, ya en otros miembros, cuando ésta procede precisamente de el mal hábito contraído en la niñez. Pero es necesario para lograrlo aplicar mucha reflexión y estudio. Un hábito, aunque sea inveterado, puede desarraigarse, aplicando el último esfuerzo. Cuando la resistencia viene de el fondo de la naturaleza, todos los conatos son vanos.

VIII

Aunque la urbanidad, en lo que tiene de brillante y hermosa, que es lo que llamamos gracia, sólo en una pequeñísima parte, como hemos advertido, está sujeta al estudio; en todo lo que es substancia, ó esencia suya, admite preceptos y reglas; de modo, que cualquiera hombre enterado de ellas, ó ya por reflexión propia ó por instrucción ajena, puede ser perfectamente, en cuanto á la substancia, urbano.

Muy frecuentemente y de muchos modos se peca contra la urbanidad. Aun á sujetos que han tenido una razonable crianza, he visto muchas veces adolecer de alguno ú de algunos de los vicios, que se oponen á esta virtud. Opónense á la urbanidad todas aquellas imperfecciones ó defectos, que hacen molesto ó ingrato el trato y conversación de unos hombres con otros. Esto se infiere evidentemente de la definición de la urbanidad que hemos propuesto arriba. Mas ¿qué defectos son éstos? Hay muchos. Los iremos señalando, y ésta será la parte más útil de el discurso; porque lo mismo será individuar los defectos, que hacen molesta la conversación y sociedad política, que estampar las reglas que se deben observar para hacerla grata. El lector podrá ir examinando su conciencia política por los capítulos que aquí le iremos proponiendo.

IX

Locuacidad

Los habladores son unos tiranos odiosísimos de los corrillos. En mi opinión, que concede cierta especie limitada de racionalidad á los brutos, el hablar es un bien aun más privativo de el hombre que el discurrir. El que quiere siempre ser oído, y no escuchar á nadie, usurpa á los demás el uso de una

prerogativa propia de su sér. ¿Qué fruto sacará, pues, de su torrente de palabras? No más que enfadar á los circunstantes, los cuales después se desquitan de lo que callaron, hablando con irrisión y desprecio de él. No hay tiempo más perdido que el que se consume en oír á habladores. Ésta es una gente que carece de reflexión, pues á tenerla, se contentarían por no hacerse contemptibles. Si carecen de reflexión, luego también de juicio; y quien carece de juicio, ¿cómo puede jamás hablar con acierto? Ni ¿qué provecho resultará á los oyentes de lo que habla un desatinado, exceptuando el ejercicio de la paciencia? Así á todos los habladores se puede aplicar lo que Teócrito decía de la verbosa afluencia de Anaximenes, que en ella contemplaba un caudaloso río de palabras y una gota sola de entendimiento: *Verborum flumen, mentis gutta*.

Los flujos de lengua son unos porfiados vómitos de el alma; erupciones de un espíritu mal complexionado, que arroja, antes de digerirlas, las especies que recibe. Suenan á valentía en explicarse, siendo en realidad falta de fuerza para contenerse. Yo capitularía esta dolencia, dándole el nombre de relajación de la facultad racional. Otro dirá acaso, que no es eso, sino que las especies se vierten porque no caben, á causa de su corta capacidad, en el vaso destinado para su depósito.

Nadie se fíe en que á los principios es oído con gusto. Éste es un aire favorable para soltar las velas de la locuacidad. Aire favorable, sí, pero por lo común de poca duración. La conversación es pasto de el alma; pero el alma tiene el gusto, ó tan vario, ó tan delicado, ó tan fastidioso como el cuerpo. El manjar más noble, muy continuado, la da saciedad y tedio. Así, el mismo que por un rato gana con su loquela la aceptación de los oyentes, si se alarga mucho, incurre en su displicencia y aun pierde su atención. Las estrellas que se deben observar para engolfarse mucho ó poco en los asuntos de conversación, permitir las velas al viento ó recogerlas, son los ojos de los circunstantes. Su halagüeña serenidad ó ceñuda turbación avisarán de la indemnidad ó riesgo que hay en alargar un poco más el curso.

Mas aun esta observación es engañosa en las personas de especial autoridad. Los dependientes, no sólo adulan con la lengua, mas también con los ojos. ¿Qué digo con los ojos?

Con todos los miembros mienten, porque de todos se sirven para explicar con ciertos movimientos plausivos, con ciertos ademanes misteriosos, la complacencia y admiración con que escuchan al poderoso, de quien pende en algo su fortuna. Á éste entre tanto se le cae la baba y la verba. Vierte en el corrillo cuánto le ocurre, bueno y malo, persuadido á que ni Apolo en Delfos fué oído con atención más respetuosa. ¡Ay, miserable, y qué engañado vive! Á todos cansa, á todos enfada, y lo peor es, que todos, á vuelta de espaldas, se recobran de aquel casi forzado tributo de adulación con alternadas irrisiones de su necedad. Créanme los poderosos, que esto pasa así, y créanme también, que el poder, al que es necio le hace más necio; al que es discreto, si no lo es en supremo grado, le quita mucho de lo que tiene de entendido.

X

Mendacidad

¿Qué cosa más inurbana que la mentira? ¿Á qué hombre de razón no da en rostro? ¿Á quién no ofende? ¿Cómo el engaño puede prescindir de ser injuria? Toda la utilidad, todo el deleite que se puede lograr en la conversación, se pierde por la mentira. Si miente aquel que habla conmigo, ¿de qué me sirven sus noticias? Si no las creo, de irritarme; si las creo, de llenarme de errores. Si no estoy asegurado de que me trata verdad, ¿qué deleite puedo percibir en oírle? Antes estará en una continuada tortura mi discurso, vacilando entre el asenso y el disenso, y apurando los motivos que hay para uno y para otro.

Es la conversación una especie de tráfico, en que los hombres se ferian unos á otros noticias y ideas; el que en este comercio franquea ideas y noticias falsas, vendiéndolas por verdaderas, ¿qué es, sino un tramposo, un prevaricador, indigno de ser admitido en la sociedad humana?

Siempre he admirado y siempre he condenado la toleran-

cia que logra en el mundo la gente mentirosa. Sobre este punto he declamado en el discurso acerca de la *Impunidad de la mentira*, para donde remito al lector. Después he pensado, que acaso esta tolerancia nace de la mucha extensión de el vicio. Acaso, digo, son en mucho mayor número los interesados en la tolerancia, que los damnificados en ella. Acaso toleran unos á otros la mentira, porque unos y otros necesitan de esa tolerancia. Si los sinceros son pocos, no pueden, sin una gran temeridad, empeñarse en hacer guerra á los muchos. Pero á lo menos demuestren, con la mayor templanza que puedan, el desagrado que les causa la mentira. Ingenuamente protesto, que para mí es sospechoso de poca sinceridad el que oye una mentira serenamente, y sin testificar en alguna manera su displicencia. Mas también supongo, que la franqueza de manifestar esta indignación, sólo se puede practicar respecto de inferiores ó iguales.

Una especie de mentira corre en el mundo como gracia, que yo castigaría como delito. Cuando se mezcla en el corrillo algún sujeto conocido por nimiamente crédulo, rara vez falta un burlón, que hace mofa de su credulidad, refiriéndole algunas patrañas, que el pobre escucha como verdades. Esto se celebra como gracejo; todos los concurrentes se regocijan, todos aplauden la buena inventiva de el mentiroso, y hacen entremés de las buenas tragaderas de él crédulo. Tengo esto por iniquidad. ¿Por ventura la sencillez agena nos presta algún derecho para insultarla? Doy que la nimia credulidad nazca de cortedad de entendimiento; ¿acaso sólo estamos obligados á ser urbanos y atentos con los discretos y agudos? ¿No es insolencia, porque Dios te dió más talentos que al otro, tomarle por objeto de tu escarnio, y jugarle con él como pudieras con un mono? ¿Es eso mirarle como prójimo? ¿Es eso usar de el talento que Dios te dió en orden al fin para que te lo dió?

Pero la verdad es que, por lo común, la nimia credulidad más proviene de exceso de bondad, que de falta de discreción. Yo he visto hombres sencillísimos, y juntamente muy agudos. Aquella misma rectitud de corazón, que mueve al sencillo á proceder siempre sin dolo, le inclina á juzgar de los demás lo mismo. Muchas veces sucede que una mentira es creída de éste porque es ingenioso, y descreída de aquél

porque es necio. Es el caso, que aquel, por su piedad, busca motivos de verisimilitud en la noticia, y por su agudeza los encuentra; éste, por su malicia, no los busca, y aunque los buscara, por su rudeza, no los hallaría.

Yo no sé si es verdad lo que comunmente se dice, que santo Tomás de Aquino creyó que un buey volaba, y salió solícito á ver el portento. Pero sé que la respuesta increpatoria que se le atribuye á los que le insultaban sobre su nimia credulidad, es digna de todo un santo Tomás; digna, quiero decir, de aquel gran lleno de virtudes excelsas, intelectuales y morales; digna de aquel nobilísimo corazón, de aquella altísima prudencia, de aquel ingenio soberano. «Más creíble se me hacía (refieren que dijo) el que los bueyes volasen, que el que los hombres mintiesen.» ¡Qué corrección tan discreta! qué énfasis! qué energía! qué delicadeza! Aprecio más esta sentencia que cuantas la antigua Grecia preconizó de sus sabios. La sublimidad de ella me persuade que fué parto legítimo de santo Tomás, y por consiguiente, que el hecho, como se refiere, es verdadero. Así se puede conciliar, y concilian bien, una altísima discreción con una suma sencillez.

XI

Veracidad ósada

Así como hay muchos que son inurbanos por mentirosos, hay algunos que también lo son por veraces indiscretos ó inconsiderados. Hablo de aquellos, que á título de desengañados ó desengañadores, sin tiempo, sin oportunidad, y contra todas las reglas de la decencia, se toman libertad para decir cuanto sienten. Ésta es una especie de barbarie, cubierta con el honesto velo de sinceridad.

Caractericemos esta gente en el proceder de Filótimo. Es Filótimo un hombre que á todas horas nos quiebra la cabeza con protestas de su ingenuidad. Declama, hasta apurar el aliento, contra la adulación. Ostenta su inmutable amor á la

verdad, y éste viene á ser como estribillo para todas las coplas que arroja á éste, á aquél y al otro. Échale en rostro á alguno un defecto que tiene; luégo sale el estribillo de que él no ha de dejar de decir la verdad por cuanto tiene el mundo. Oye alabar á alguno, ó presente, ó ausente, en quien él concibe algo digno de reprehensión; suelta lo que concibe, é impropia como contemplativos ó lisonjeros á los que hablan bien de el sujeto. Pero luégo añade la cantinela ordinaria de su amor á la verdad.

¿Qué diremos de este hombre? Que para ser necio y rústico le sobra mucha tela; que es un despropositado; que no guarda compás ni regla en cuanto habla; que es un rudo y muy rudo, pues no alcanza que hay medio entre la servil adulación y la desvergonzada osadía. Siendo tal, ¿qué caso harán los que le oyen de cuanto dice? ¿Quién creará que forma concepto justo de nada un alucinado, que no percibe lo que tan claramente dicta la razón natural? Pero doy, que en el concepto que forma no yerre; yerra, por lo menos, en proferirle sin tiempo, sin oportunidad, sin modo. ¿Tiene por ventura algún nombramiento regio y pontificio de corrector de las gentes? Doy que sea tan veraz como se pinta, que lo dudo mucho, porque la experiencia me ha mostrado que, si no en todos los individuos, en muchos es verdaderísima una bella sentencia que leí no me acuerdo en qué autor: *Veritatem nulli frequentius lædunt, quam qui frequentius jactant*; «Ningunos más frecuentemente mienten, que los que á cada paso jactan su veracidad.» Doy, digo, que sea tan veraz como se pinta; ¿le da su veracidad algún derecho para andar descalabrando á todo el mundo? La verdad, que, como predica san Pablo, es compañera amada de la caridad: *Charitas congaudet veritati*, ¿ha de ser tan desapacible, ofensiva, grosera? La verdad de los cristianos, que, como articula san Agustín, es más hermosa que la Elena de los griegos: *Incomparabiliter pulchrior est veritas christianorum, quam Helena græcorum*, ¿ha de tener tan mala cara, que á todos dé en rostro?

Hay ocasiones, yo lo confieso, obligación á decir la verdad, aunque se siga resentimiento de el que la escucha; pero sólo cuando interviene uno de tres motivos: ó la vindicación de la honra divina, ó la defensa de la inocencia acusada, ó la corrección de el prójimo. Supongo que, por lo común, pre-

textan este último motivo los veraces de que hablamos; pero no ignoran ellos que sólo logran la ofensión, y nunca la corrección. Ni puede ser otra cosa, porque su modo áspero, tumultuante, soberbio, ¿cómo puede producir tan bello fruto? Sembrando espinas, como decía la verdad misma en el Evangelio, ¿han de coger uvas?

XII

Porfia

No menos enfadosos son que éstos, ni menos turban la amenidad de la conversación, los porfiados. El espíritu de contradicción es un espíritu infernal, y espíritu tan protervo, que no sé que se haya hallado hasta ahora conjuro eficaz para curar á los que están poseídos de él.

Tengo presente el ejemplo de Aristio. Éste es un verdadero aventurero de corrillos, que lanza encarada, anda siempre buscando pendencias. Su opinión es su ídolo; nadie disiente á ella sin experimentar su cólera; nadie profiere la opuesta que no le tenga por enemigo; nada le aplaca sino, ó la condescendencia, ó el silencio. Su influencia en los concursos es la que se atribuye á aquella constelación meridional, llamada Orión, excitar tempestades: *Nimbusus Orion*, que dijo Virgilio. No bien se aparece, cuando poco á poco la serenidad de un coloquio cortesano va degenerando en la turbación de un tumulto rústico. Él contradice, el otro se defiende, los demás toman partido, enciéndose la altercación, porque un genio contendiente es contagioso: *Insequitur clamorque virum, stridorque rudentum*; y todo viene á parar en una greguería tal, que nadie los entiende, ni aun se entienden unos á otros. Todo este mal hace en la sociedad política un porfiado. Ni por eso se enmienda; y antes volverá atrás un río precipitado, que él retroceda de el dictamen que una vez ha proferido.

XIII

Nimia seriedad

La chanza oportuna es el más bello condimento de la conversación, y tiene tanta parte en la verdadera urbanidad, que algunos, como vimos arriba, la tomaron por el todo. Usada con el modo debido, produce bellos efectos: alegra á los que hablan y á los que oyen, concilia recíprocamente las voluntades, descansa el espíritu fatigado con estudios y ocupaciones serias. Por eso no sólo los éticos gentiles, mas aun los cristianos, colocaron la chanza en el número de las virtudes morales. Véase santo Tomás en la 2.^a 2.^æ *quæst.* 168, artículo II, donde, después de graduar á la chanza por virtud, califica la delectación que resulta de ella, no sólo de útil, sino de necesaria para el descanso del alma: *Hujusmodi autem dicta, vel facta, in quibus non quæritur nisi delectatio animalis, vocantur ludicra, vel jocosa. Et ideò necesse est talibus interdum uti, quasi ad quandam animæ quietem.*

Los hombres siempre serios son un medio entre hombres y estatuas. Siendo la risibilidad propiedad inseparable de la racionalidad, en lo que se niegan á lo risible, degeneran de lo racional. Los necios suelen calificarlos de hombres de seso, juiciosos y maduros. Buena prueba de seso, apostárselas en sequedad y rigidez á troncos y piedras. Ningún bruto se ríe. ¿Será carácter de hombre de juicio sólido lo que es común á todo bruto? Yo tengo esa por seña de genio tétrico, de humor atrabiliario. Los antiguos decían que los que entraban en la encantada cueva de Trofonio, nunca reían después. Llamaban *agelastos* á éstos los griegos. Si en ello hay alguna verdad, que muchos lo niegan, es de creer que la deidad infernal que era consultada en aquella cueva, inspiraba á los consultores esa tartárea melancolía.

XIV

Jocosidad desapacible

Pero tanto, y aun más que se opone á la urbanidad la seriedad nimia, es contraria á ella la jocosidad importuna. Por tres capítulos puede ser ingrata la chanza en las conversaciones: por exceder en la cantidad, por propasarse en la calidad, y por defecto de naturalidad.

El que está siempre de chanza, más es truhán que cortesano. No hay hombre más irrisible, que el que siempre se ríe. El que á todas horas hace el gracioso, á todas horas es desgraciado. Un Juan Rana, de por vida, es lo que suena, un Juan Rana y nada más.

Peca la chanza en la calidad por deshonesta y por satírica. Como la primera sólo se oye en caballerizas y tabernas, y yo no escribo para lacayos, cocheros y alquiladores, pasaremos á la segunda. Lospreciados de decidores frecuentemente inciden en ella. Hablo de lospreciados de decidores, y que más propiamente podrían llamarse dicaces; no de los que verdaderamente lo son. De aquellos, de quienes decía Horacio, que por aprovechar sus festivas ocurrencias, no reparan en herir aun á sus propios amigos:

*Dummodo risum
Excutiat sibi, non hic cuiquam parcat amico.*

De aquellos que, según la ponderación de Ennio, más fácilmente detendrán en la boca una ascua ardiendo, que un dicho agudo. Ésta es gente que quiméricamente pretende hacer oro de el hierro, comedia de la tragedia, lisonja de la injuria, miel de la ponzoña. Su lengua se parece á la de el león, que por ser tan áspera, lamiendo desuella. Llamán á éstos *zumbones*, y lo son. Pero ¿cómo? Como las avispas, cínifes, tábanos y moscas. Todos estos vilísimos insectos son zumbones, y zumbones de esta casta; esto es, que á vuelta de el zumbido imprimen la picadura.

Como quiera que hagan gala de su habilidad, no pueden

escaparse de ser, ó malignos, ó muy necios. Que uno, que otro, los hombres de bien debieran conspirar á descartarlos de el comercio, ó corregirlos con la amenaza. El conde de las Amayuelas, á quien alcancé en mi juventud, á un caballero de este genio, que le había herido ya con algunos dicerios en tono de chanza, le dijo: «Amigo don N., ya te he sufrido algunas desvergüenzas; también de aquí adelante podrás decir las que quisieres; pero con la prevención de que nos hemos de entender los dos á estocada por desvergüenza.» Á fe que le hizo al zumbón perder la zumba.

Un defecto grave y frecuentísimo de la zumba es ejercerla sobre lugares comunes ó capítulos generales, dirigiéndola, pongo por ejemplo, al estado, clase ó nación de el sujeto con quien se practica este género de juego. Debo esta advertencia á Quintiliano: *Malè etiam dicitur* (sentencia este gran maestro de urbanidad) *quod in plures convenit: Si aut nationes totè incessantur, aut ordines, aut conditio, aut studia multorum.* Caen en este inconveniente los genios estériles, que no hallando que decir sobre las acciones ó cualidades personales de aquel particular individuo á quien dirigen la zumba, se arrojan á alguna razón común, de estado, nación, etc.

La razón porque se debe huir de esto es, porque entre la multitud comprendida en aquella razón común, hay no pocos de tal delicadez, que tienen la zumba por ofensa; y aunque no asistan en la conversación, teniendo después noticia de ella, se muestran resentidos; lo que la experiencia me ha mostrado no pocas veces. Y aun he visto algunas seguirse no leve perjuicio á los zumbones de razones comunes, por el resentimiento de los comprendidos en ellas. Aun cuando no intervenga riesgo alguno, se debe evitar por motivo de equidad. Aunque la chanza sea de su naturaleza inocente, no es justo usar de ella con quien la ha de escuchar como agravio. A sujetos de cutis tan delicada, que sienten como golpe lo que para otros es halago, no se ha de tocar ni aun ligeramente. Si el contacto más leve les llega al corazón, el que los toca los hiere. No siendo, pues, posible que en las zumbas sobre capítulos generales no haya muchos que se resientan, debe el buen cortesano abstenerse enteramente de ellas.

Es, finalmente, ingrata la chanza por falta de naturalidad.

Los que sin genio se meten á decidores, hacen un papel enfadosísimo. No hay cosa más insulsa que un hombre que por imitación y estudio se empeña en ser gracioso. Logra en parte lo que pretende, que es hacer reir á los demás; pero él mismo es el objeto de esa risa. Si hay un hombre en el pueblo, celebrado por sus graciosidades y buenos dichos, otros veinte ó treinta quieren imitarle y competirle. ¡Conato inútil! Nunca pasarán de un irrisible remedo. No quieren acabar de conocer los hombres, que en esta y otras muchísimas prendas, casi todo lo hace la naturaleza. De esta falta de consideración viene el casi universal empeño de imitar los menos dotados de la naturaleza á los que ven aventajados en algunas apreciables cualidades. La ponderada semejanza entre el hombre y el mono, hallo que es mayor, empezando la comparación por el hombre. Ponderase, digo, que en la Asia y en la África se hallan algunos monos que parecen hombres. Y yo pondero que en la África, la Asia, Europa y en todas partes, hay muchos más hombres que parecen monos. Sonlo, en efecto, unos de otros. No hay original alguno excelente en nuestra especie, de quien no se saquen innumerables copias, pero copias que no pasan de mamarrachos.

XV

Ostentación de el saber

La ciencia es un tesoro que se debe expender con economía, no derramarse con prodigalidad. Es precioso poseído, es ridículo ostentado; pero bien apurada la verdad, se hallará que nunca le poseen los que le ostentan. Sólo los que saben poco, quieren mostrar en todas partes lo que saben. No hay conversación donde, sin esperar oportunidad, no saquen á plaza sus escasas noticias. Entre los verdaderos sabios y estos sabios de poquito hay la misma diferencia que entre los mercaderes de caudal y los buhoneros. Aquellos dentro de su lonja tienen los géneros, para que allí los vayan á buscar

los que los hubieren menester; éstos se echan á costas su mísera tiendecita, y no hay plaza, no hay calle, no hay rincón donde no la expongan al público.

Algunos son tan necios, que con todas clases de personas introducen, sin propósito, la facultad en que se han ejercitado. El abad de Bellegarde refiere de un militar, que en visita de damas se puso muy despacio á relatar, sin pedírselo nadie, el sitio de una plaza, día por día, punto por punto, con todos los términos facultativos, nombrando regimientos y oficiales, sin omitir alguno de cuantos movimientos habían hecho sitiadores y sitiados, desde que se avistó la plaza hasta su rendición. ¿No estarían muy gustosas las damas con esta relación gacetal? Aún es más gracioso lo que, para figurar á estos impertinentes, atribuye el famoso cómico Molière á un médico recién aprobado, en las primeras vistas de una señorita, cuya mano pretendía; esto es, que después de hacer todo el gasto de cortesanas con los axiomas y términos de su arte, la convidó como que le hacía un obsequio muy estimable, á que fuese á ver á la tarde la disección anatómica de un cadáver, que había de ejecutar él mismo. ¡Qué agasajo tan recomendable para una tierna damisela!

Una de las lecciones más esenciales de urbanidad es acomodarse en las concurrencias al genio y capacidad de los circunstantes; dejar en todo caso á otros la elección de materia, y seguirla hasta donde se pudiere. Punto menos extravagante es el que razona con otro sobre facultad que éste no alcanza, que el que le habla en idioma que no entiende.

XVI

Afectación de superioridad

Es notable la diferente representación que hacen algunos sujetos en el principio y progreso de la conversación. Al tiempo de agregarse á la visita ó al corro, si la gente que le compone no es de su frecuente trato, se esmeran en profun-

das reverencias, en tiernas humillaciones; hacen las más ponderadas protestas de su rendimiento y deferencia á éste, á aquél y al otro; pero después poco á poco van componiendo el gesto, el modo y las palabras hacia una gravedad senatoria ó una autoridad legislativa. Ya se metió en el vestuario la lisonja, y sale al teatro la arrogancia. Ya se arrimó el zueco, y se alzó el coturno. Ya la solfa, que empezó por el *ut* de Fefaut, que es el más profundo, montó al *la* de Gesolreút, que es el más alto. Ya la estatura política creció de pigmea á gigantesca. Ya miran á los circunstantes allá abajo, y ya en cuanto hablan se trasluce un ceño desdenoso, hijo legítimo de una rústica soberbia.

Acuérdome, á este propósito, de la que refiere Moreri de Brunón, obispo de Langres, que, habiendo en el principio de una carta ó edicto suyo calificádose modestamente, *humilitis præsul*, después, en el cuerpo de el escrito, se dió á sí propio el tratamiento de majestad, *nostram adiens, majestatem*. Los que proceden de este modo deben de estar en el error de que la urbanidad y modestia sólo se hicieron para los exordios, prólogos y salutations.

Esta desigualdad notó Barclayo, como característica de los españoles: *Sermonum et amicitiarum exordia per speciem mitissimæ humanitatis adornant. Hos tu quoque illis initiis optimè poteris eadem tranquillitate adoriri, succedentes autem ad fastum, mutua majestate excipere.*

La verdad es, que hay entre nosotros no pocos que adolecen de el expresado defecto. Pero la nota de Barclayo, como otras invectivas que han hecho los extranjeros contra la soberbia de los españoles, tomadas generalmente, si un tiempo fueron justas, hoy no lo serían. Ó fuese efecto de el mayor comercio con los de otras naciones, ó desengaño que el tiempo fué introduciendo poco á poco, no es dudable que ya los españoles se han humanizado mucho, y pienso que también los extranjeros lo han reconocido; bien que no faltan entre ellos quienes malignamente atribuyan la deposición de la antigua fiereza á postración de los ánimos, ocasionada de las adversidades padecidas el siglo pasado en las guerras con la Francia. Así se explicó un zumbón francés de buen gusto, en una carta que en nombre de Voiture, ya entonces difunto, imitando el estilo y aire de este famoso ingenio, como que él

la enviaba de el infierno, escribió felicitando al mariscal de Vironne, y elogiando al rey de Francia sobre sus victorias contra los españoles. «Aquí (decía después de otras cosas) ha llegado un buen número de españoles, que se hallaron en los combates, y nos han referido todo lo sucedido en ellos. Yo no sé cierto en qué se fundan los que dicen que los de esta nación son fanfarrones. Asegúroos que nada tienen de eso, antes son una bonísima gente; y el rey de un tiempo á esta parte, nos los envía acá muy dulces y afables.» Chanzas aparte, que los corazones de los españoles no se han abatido por los reveses padecidos, se ha evidenciado en estas últimas guerras. Así, lo que se debe tener por cierto es, que hoy los españoles son más racionales, sin ser menos animosos.

XVII

Tono magisterial

Entre los profesores de letras hay no pocos tediosos á los circunstantes, porque siempre quieren hacer el papel de maestros. Para ellos todo lugar es aula, toda silla cátedra, todo oyente discípulo. Encaprichados de su ciencia, de su ministerio y de sus grados, casi miran á los que no han cursado las escuelas como gente de otra especie. Así, apenas les hablan sino con frente erizada y ojos desdenosos. Cuanto articulan sale en solfa de sentencia rotal. Su tono siempre es decisivo, su voz tiene la majestad de oráculo, su acción parece de maestro de capilla, que echa el compás á todo.

He visto á muchos y muchísimos preocupados de el error de que el estudio aumenta el entendimiento. ¿Y éste es error? Sin duda. Que se diga que la desigualdad de discurso en los hombres proviene de desigualdad entitativa de las almas, como pensaron algunos, ó que únicamente pende de la diferente temperie y disposición de los órganos, como comunmente se juzga, es preciso que la facultad intelectual sea la misma, ó sea igual con estudio ó sin él; siendo cierto que ni

el estudio altera la organización ó temperie nativa, ni menos muda la entidad substancial de el alma. Así, después de muchos años de estudio, la facultad discursiva no crece en sus fuerzas ni medio grado. La razón propuesta lo convence; pero también la experiencia me lo ha hecho palpable. Vi á sujetos de grande aplicación á las letras, después de consumir en ellas lo más de su vida, discurrir miseramente en cuantos asuntos se proponían. Noté en otros que traté diferentes veces en el espacio de muchos años, y apenas dejaban jamás de la mano los libros, la misma torpeza en raciocinar, la misma obscuridad en entender, la misma confusión de ideas en los fines que en los principios. El estudio da noticias, ministra especies, con que se hacen varias deducciones, que, sin ellas, no se harían; pero la valentía ó actividad de el discurso no por eso se aumenta. Así como si á un artífice se le ministran muchos instrumentos de su arte, que antes no tenía, hará varias operaciones que antes no podía hacer; pero la fuerza de el brazo no por eso será mayor.

Aun respecto de la facultad que estudian, jamás pasan aquella valla que les puso delante la naturaleza. El rudo siempre es rudo: lee mucho, conferencia mucho, manda muchas especies á la memoria; pero nunca las congrega con acierto, nunca las distribuye con discreción, nunca las penetra bien, nunca las entiende con claridad. Así sale puramente un docto de perspectiva, capaz sólo de alucinar con falsas luces al vulgo ignorante: uno de aquellos, que la plebe llama pozos de ciencia, y sólo son pozos de agua turbia.

Siendo esto así, como lo es sin duda, se ve claramente que á los facultativos no les da fundamento alguno para engreirse su magisterio ó su grado, y que es una suma extravagancia afectar alguna autoridad en virtud de esas ínfulas. Lo peor que tiene el caso, y lo que sube la ridiculez al supremo punto, es, que los que se dejan dominar de esta presunción siempre son los profesores de inferior nota; porque los de ingenio y entendimiento claro se hacen cargo de la razón. Los profesores, digo, de inferior nota son los que abultan con la ostentación sus pocas letras, procurando darles siempre la apariencia de mayúsculas. Son los que de el estudio sacan poca luz y mucho humo. Así en las concurrencias se atribuyen una cualificación ventajosa respecto de todos los demás,